

Lectulandia

Cuando los padres de Milo y Lina Graf son secuestrados por las fuerzas imperiales, sus hijos se embarcan en un peligroso viaje a través del espacio salvaje para rescatarlos.

Cavan Scott

La huida

Aventuras en el espacio salvaje - 1

ePub r1.0
Titivillus 22-05-2021

Cavan Scott, 2017
Traducción: Editorial Planeta

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


AVENTURAS EN EL
ESPACIO SALVAJE
LA HUIDA

CAPÍTULO 1

CAMPOS PANTANOSOS

—¡Milo! ¿Me oyes? ¿Vienes, por favor?

El *speeder* terrestre de Lina Graf iba levantando agua mientras aceleraba por el pantano. Entre el follaje emergía el color del arcoíris, procedente de las serpientes coloradas que huían asustadas por el ruido del motor. A través de los huecos de las ramas, Lina vio que el cielo se volvía más oscuro y que unas nubes espesas ocultaban las estrellas.

—Señorita Lina —dijo una voz entrecortada justo a su espalda—. A sus padres no les gustará que usted y su hermano sigan ahí fuera cuando ya ha anochecido.

—Lo sé —contestó Lina, intentando no pagar su frustración con CR-8R, el droide familiar. Pulsó el botón del comunicador en los comandos del vehículo—. Milo, ¿dónde estás?

No hubo respuesta. Lina aceleró con el *speeder* terrestre en torno a un árbol cubierto de enredaderas, lo que casi provocó que CR-8R rodara fuera de la destartalada nave.

—¡Cuidado, señorita Lina!

—Te lo he dicho cientos de veces, Cráter: ahórrate el «señorita». Es sólo Lina.

—Sí, señorita Lina.

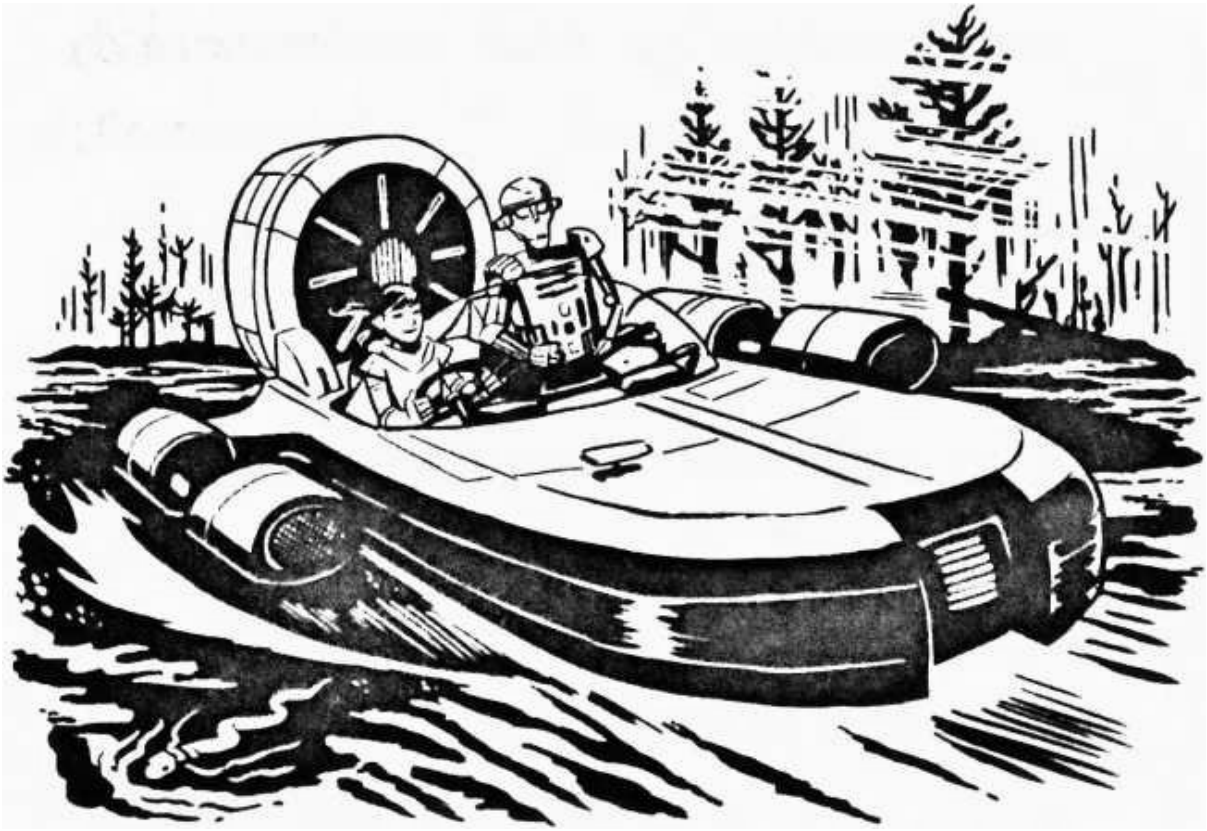
No tenía sentido discutir con CR-8R, especialmente cuando tenía un hermano desaparecido al que encontrar.

Bip-bip-bip.

Una diminuta luz roja empezó a parpadear en el radar del panel de instrumentos, y una sonrisa se dibujó en la cara de Lina.

—Ahí estás.

Era la baliza de seguimiento del *speeder* de Milo. Este se había quejado cuando su madre la arregló, pero ella había insistido por una buena razón: a sus nueve años de edad, Milo siempre estaba por ahí. No es que fuera especialmente rebelde pero, sin duda, había heredado la curiosidad natural de sus padres.



Auric y Rhyssa Graf eran exploradores interplanetarios, cartógrafos que habían pasado los últimos quince años creando mapas del Espacio Salvaje, un desconocido grupo de sistemas solares en la mismísima frontera del Brazo Galáctico. Era la única vida que Lina y Milo habían conocido. Ellos nacieron en la nave de los Graf, el *Ave Susurro*, y desde entonces habían crecido explorando extraños mundos. Lina no lo habría cambiado por nada, aunque le habría ido muy bien sin tener que buscar a su hermano cada dos por tres. Siempre era lo mismo: llegaban a un planeta y Milo desaparecía, con la esperanza de descubrir una nueva especie y hacerse famoso. Sus expediciones solían acabar con extremidades torcidas y un sermón de papá, aunque sabían que éste se enorgullecía en secreto de las desventuras de sus hijos.

Pero este viaje era diferente. Después de aterrizar con el *Ave Susurro* en ese planetoide aparentemente insignificante, montaron el campamento en mitad de una vasta llanura cubierta de rocas.

—Vosotros dos, permaneced cerca del campamento —había dicho Auric Graf—. Se acerca una tormenta y no quiero tener que perseguiros cuando llegue.

Milo había desaparecido casi de inmediato y, horas después, Lina recibió un mensaje en forma de holograma urgente:

—*Necesito tu ayuda. Ven al pantano. ¡Ahora!*

Pero ¿a qué parte del pantano? Según el primer reconocimiento terrestre del *Ave*, los campos pantanosos eran enormes: cubrían por lo menos dos tercios de la superficie del planeta. Era típico de Milo excitarse hasta el punto de omitir información tan básica como su localización.

—Señorita Lina, la señal…

—Lo veo, Cráter —respondió Lina, mirando el rastro del punto rojo en la pantalla—. Ya casi estamos.

Más adelante, el foco del *speeder* terrestre se reflejó en algo metálico. Lina aminoró hasta que la nave se detuvo.

El vehículo de Milo estaba volcado sobre el agua poco profunda del pantano.

—Vaya, eso no le va a venir nada bien a la pintura —comentó CR-8R con desaprobación mientras Lina saltaba de su asiento y chapoteaba hasta el vehículo abandonado. Comprobó los controles del *speeder*, pero no respondieron: estaban fundidos. ¿Qué había pasado? ¿Se había estrellado Milo?

—Señor Milo —gritó CR-8R—. ¿Dónde está?

—¡Cráter, sssh! —dijo Lina entre dientes—. Este lugar podría estar plagado de jabalíes-navaja.

—Oh, perdóneme por intentar localizar a su rebelde hermano —contestó CR-8R con desdén—. Creí que por eso me había traído a este abominable pantano. Por lo que sabemos, el señor Milo está en graves apuros.

—Y si tenemos suerte, también te perderemos a ti —murmuró Lina en voz baja.

No lo decía en serio, por supuesto: CR-8R llevaba toda la vida cerca de Lina. Era uno de los proyectos favoritos de su madre: un droide construido a partir de una docena de modelos distintos. Su base provenía de un droide sonda, y aún conservaba cuatro brazos manipuladores que se retorcieron mientras salía flotando del *speeder*. La parte superior del cuerpo estaba compuesta de una cintura de droide médico soldada al torso de un droide astromecánico.

Ni siquiera sus brazos eran iguales: el izquierdo había sido tomado de una serie DUM obsoleta, mientras que el derecho era la extremidad plateada y brillante de un droide de protocolo, pero con herramientas intercambiables en lugar de mano.

Lina no tenía ni idea de dónde había sacado su madre la cabeza cromada y triste de CR-8R, pero sabía que estaba llena de información… inútil, en su mayor parte. Para el cerebro, Rhyssa había usado el de un droide de protocolo, así que CR-8R tenía tendencia a ser estirado, formal y bastante irritable, en algunas ocasiones. Aquel mosaico de droides se desvivía por ella y su hermano. Aunque eso no lo hacía menos molesto.

Lina enderezó la moto *speeder*.

—No puede haber ido muy lejos. —Buscó en el cinturón de herramientas que llevaba sujeto a la cintura y encontró un pequeño comunicador cilindrico —. Milo —dijo al aparato—, hemos encontrado tu moto, pero ¿dónde estás?

Un grito desde más allá de los árboles fue la única respuesta.

—¡Milo! —gritó Lina, corriendo a través del denso follaje. El agua sucia le salpicó las piernas y las impregnó de olor a huevo podrido, pero no le importaba: su hermano tenía problemas. Su hermano estaba… ¿Riéndose?

En un claro frente a ella, Milo chapoteaba en un gran charco fangoso, cubierto de pies a cabeza por oscuro barro carmesí.

—¿Milo? —preguntó, sintiendo cómo se encendía su mal genio—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Milo la miró con el rostro lleno de lodo y una amplia sonrisa.

—¡Casi lo tenía, hermanita!

A Lina se le cayó el alma a los pies.

—¿El qué?

Milo agarró su largo bastón de madera y se puso en pie. Su cara resplandecía de emoción.

—Era como un conejo-ceniza sullustano, pero enorme, con una cresta de espinas y…

—Tu mensaje decía que necesitabas ayuda —interrumpió Lina con frialdad.

—Sí, y la necesito —contestó él, confundido—. Para cazar al conejo-ceniza.

—¡Creí que estabas en apuros!

—¿Y eso por qué?

—¡Porque el 99,998 por ciento de las veces lo está! —dijo CR-8R, mientras entraba flotando en el claro.

—Oh, no —protestó Milo—. ¿Por qué has traído a Cráter? Seguro que se lo cuenta a mamá y a papá.

—Activando modo sermón —anunció CR-8R, lo que provocó otro suspiro en el hermano de Lina—. Señor Milo, sus padres solicitaron expresamente…

Antes de que CR-8R pudiera acabar, una pequeña criatura aterrizó en lo alto de su pulida cabeza. Tenía las orejas caídas y unos brazos larguiruchos que se le enrollaron alrededor de la cara. CR-8R dejó escapar un grito de alarma, mientras Lina y Milo se reían a carcajadas.

—Sabía que odiaría este lugar —se quejó el droide, intentando espantar a la criatura con sus brazos manipuladores—. ¿Qué es esto? ¿Una salamandra del lodo? ¿Un milpiés con cuernos?

—No es necesario que te destroces los procesadores girando la cabeza —dijo Lina con una risita, antes de intentar poner un semblante serio—. Morq, deja a Cráter en paz. Sabes que odia que le saltes encima.

La criatura miró a los niños con sus pequeños ojos naranjas y soltó una carcajada de alegría. Morq era la mascota familiar, un travieso mono-lagarto kowakiano y la pesadilla de CR-8R.

—¿Es ese malvado animal suyo? —farfulló CR-8R—. Debería haberlo reconocido por el hedor.

—No tienes ningún receptor de olores —dijo Lina, mientras Morq bailaba una giga sobre la cabeza del droide.

—Lo que demuestra lo mal que huele esta cosa —insistió CR-8R, lanzando una chispa repentina mediante un pincho eléctrico unido aunó de sus muchos brazos manipuladores. La descarga golpeó a Morq en el trasero y, con un gemido, el mono-lagarto brincó de la cabeza de CR-8R para escapar a lo alto de un árbol.

Lina suspiró.

—Muy bien, Cráter. Ahora nunca conseguiremos que baje de nuevo.

—Se lo merece —murmuró CR-8R.

Lina sacudió la cabeza, intentando no sonreír: alguien tenía que comportarse como un adulto responsable.

—Vale, pondremos la moto de Milo en la parte de atrás de mi *speeder* terrestre…

—¡Allí está! —gritó Milo, que salió del claro antes de que Lina pudiera detenerlo.

—¡Milo, vuelve!

—Es el conejo-ceniza, Lina —exclamó él por encima de su hombro—. ¡Vamos!

Ella puso los ojos en blanco y se dispuso a correr tras su hermano.

—Algún día me hará caso. Aunque sea una sola vez.

Pero no iba a ser aquél el día. Encontró a Milo agachado tras una roca cubierta de musgo. Al otro lado, una pequeña criatura púrpura comía una fruta de ciénaga.

—¿Eso es un conejo-ceniza? —dijo Lina, dejándose caer junto a su hermano—. ¿No decías que era enorme?

—Bueno, más o menos —admitió Milo—; y seguro que lo espantas si sigues dando tumbos como un happabore.

Milo alzó su brazo hacia el conejo y Lina vio que su hermano llevaba el lanzador de red de su padre acoplado a la muñeca. A veces, Auric Graf usaba la pistola de red para cazar criaturas alienígenas. Como la mayor parte del equipo de campo de papá, se suponía que Milo no podía tocarlo, y mucho menos sacarlo del campamento.

—¿Estás intentando capturarlo? —preguntó Lina.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo si no vamos a estudiarlo?



—¿Hologramas? ¿Escáneres biológicos? ¡Como una persona normal!

—Bah —dijo Milo mientras se preparaba para disparar—. No hay nada como tener un contacto cercano y personal con la naturaleza.

Lina observó cómo su hermano ajustaba el disparo, pero no llegó a ver salir la red: algo la agarró por la parte trasera de su camiseta y la elevó por los aires.

CAPÍTULO 2

ATRAPADA

Sorprendido por el repentino grito de su hermana, Milo falló el tiro y la red se amarró inútilmente alrededor de un árbol.

—¡Lina, se me ha escapado! —protestó cuando el conejo-ceniza saltó de nuevo a la maleza.

—¡Como si me importara! —La voz de Lina llegaba desde arriba.

Milo alzó la mirada y vio a Lina boca abajo, envuelta en enredaderas con púas.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba?

—¡Tener un contacto cercano y personal con la naturaleza!

CR-8R apareció entre los árboles.

—Señorita Lina, parece que ha sido capturada por una enredadera.



—Ya me había dado cuenta, gracias.

—Son fascinantes —añadió CR-8R—. Hace apenas tres años, su padre registró un incidente en el que despellejaron a un bantha en tan solo…

—Eso no es de gran ayuda —espetó Lina, alzando la vista hacia el follaje. Las enredaderas descendían desde un cuerpo carnoso y con una boca amplia que gruñía. Tenía que liberarse, pero la planta era demasiado fuerte—. ¿Dónde está mi cortador de fusión? —dijo buscando en su cinturón de herramientas.

—¿Te refieres a esto? —gritó Milo desde el suelo. Sostenía un dispositivo con forma de tubo en su mano. Debió de haberse caído de su cinturón cuando las enredaderas la atraparon.

—Tíramelo.

Su hermano lo intentó, pero el dispositivo cayó al suelo sin que ella pudiera cogerlo. Estaba demasiado alta, y a cada segundo lo estaba un poco

más.

—¡Cráter, inténtalo tú!

—Con mucho gusto —dijo CR-8R, agarrando la herramienta—. Lo interesante acerca de las enredaderas es que cazan mayormente por el sonido. Manténgase callada y quizá pierda el interés.

Lina dirigió la mirada hacia la boca abierta, que cada vez estaba más y más cerca.

—Eso no va a pasar, Cráter. Te lo aseguro. ¡Tú lánzamelo!

Haciendo girar uno de sus brazos manipuladores como una hélice, CR-8R envió el cortador de fusión hasta Lina. Ésta se estiró para alcanzarla, pero la herramienta pasó volando por delante de ella.

—Uy —dijo CR-8R—. Debo de haber calculado mal la distancia necesaria.

Lina miró cómo el cortador pasaba de largo y era capturado en el aire por una pequeña mano huesuda.

—¡Morq! —gritó Lina, alegre, mientras el mono-lagarto de color teja saltaba hacia abajo y aterrizaba en sus piernas. Evitando ágilmente una rama que intentó cogerlo, Morq se precipitó hacia ella para dejar el cortador de fusión en su mano.

Lina se irguió, luchando contra la presión de la enredadera, que cada vez apretaba con más fuerza, y encendió la herramienta. Deslizó el cortador por las ramas que estaban a sus pies y sintió como empezaban a aflojarse, pero no hubo tiempo para celebraciones: con un grito, Lina y Morq cayeron en un enorme charco.

—¿Estás bien? —preguntó Milo.

—No gracias a ti —replicó Lina, haciendo una mueca mientras intentaba levantarse por sí misma.

CR-8R zumbó sobre ella para examinar su palpitante hombro.

—Hematomas leves, eso es todo.

—Pues no duele como si fuese leve —se quejó Lina.

Tirando del cuello de su ropa, el droide aplicó una ráfaga de bacta con un espray en el hombro dolorido de Lina.

—Eso debería reducir la hinchazón hasta que volvamos con sus padres.

Lina se echó un vistazo a sí misma: tenía la ropa hecha un desastre y estaba empapada de la cabeza a los pies.

—¡Mamá se va a poner como loca!



—No, si no se entera —dijo Milo—: Nos podemos cambiar antes de que se dé cuenta.

Lina dirigió una mirada fulminante a su hermano.

—¿Y qué me dices de Cráter? ¿Vas a borrar su memoria?

—¡Ni se les ocurra! —dijo el droide horrorizado.

—¡Precisamente por eso tendrías que haberlo dejado en el campamento! —dijo Milo. Morq, apareciendo de entre los árboles, se posó sobre su hombro —. No; de hecho, tú también deberías haberte quedado allí. Por lo menos no me habrías hecho perder el conejo.

Lina contestó de inmediato.

—¿Que yo he hecho que lo perdieras? ¡Oye, enano, tú no le darías ni a un rancor dormido con una pistola de red!

—¡No me llames así! —Milo odiaba cuando su hermana le llamaba por el mote que le había endosado cuando era pequeño.

—Ya es suficiente —intervino CR-8R—. Discutir no va a arreglar la moto *speeder* de Milo ni a…

El droide se quedó petrificado, en el aire y con la frase a medias.

—¿Cráter? —dijo Lina, preocupada—. ¿Estás bien?

—Recibiendo datos —informó el droide. Su voz sonaba más artificial que de costumbre—. Procesando.

—¿Datos? ¿De dónde?

—Señora Rhyssa.

—¿De mamá? —gimió Milo—. Está enfadada, ¿verdad?

CR-8R no respondía, pero sacudió su cabeza como si intentara despertarse a sí mismo.

—Cráter, ¿necesitas un reinicio?

—No —contestó el droide—. Todos mis sistemas están funcionando perfectamente, muchas gracias.

—Entonces, ¿qué datos son? —preguntó Lina.

—No estoy seguro. Está extremadamente encriptado.

—¡Pues desencríptalo!

—¿Qué cree que estoy haciendo? El lenguaje binario que ha usado su madre es totalmente arcaico. Nadie lo habla desde hace siglos.

—Bueno, si no eres capaz de hacerlo… —se burló Milo.

—Estoy más que capacitado, muchas gracias. Sólo necesito tiempo.

—Tiempo que no tenemos —respondió Lina alzando la vista al cielo—. Será mejor que nosotros le echemos un vistazo a tu *speeder*.

Milo dejó caer los hombros cuando vio su moto tumbada en el agua.

—Ah, sí, me había olvidado de eso. Me parece que he inundado un poco la válvula del depósito.

—Y el resto —dijo Lina, apartándolo para abrir la escotilla de acceso de la moto—. Mira: hay algas por todo el panel de dirección, y en cuanto a los calibradores…

—Ya lo pillo, hermanita —reconoció Milo, mientras sus mejillas se tornaban rojas—. He metido la pata. Otra vez. Vamos a ponerlo en la parte de atrás del *speeder* terrestre y ya está. Mamá sabrá arreglarlo.

—Ya te lo arreglaré yo —dijo ella—. Así mamá no se enterará del problema en el que te has metido. Seguro que papá tiene un repulsor de repuesto en el campamento. Tú ayúdame a subirlo.

A regañadientes, Milo echó una mano a su hermana para levantar la moto averiada y dejarla sobre el *speeder* terrestre. Éste cedió de forma preocupante y Lina deseó que el estabilizador aguantara el peso adicional. Llevaba meses intentando convencer a su padre para reemplazar aquel montón de basura flotante pero, como siempre, él se había limitado a revolverle el pelo y decirle que ella sabría mantenerlo a flote. «Mi pequeña gran ingeniera».

Por supuesto que podía (Lina había jugado en el taller del *Ave Susurro* incluso antes de poder sostener una llave hidráulica), pero ésa no era la cuestión. ¿Por qué los Graf no reemplazaban nada hasta que no se caía a pedazos? No era porque no pudieran permitírselo, con lo que habían ganado durante el último año: desde el fin de las Guerras Clon, la gente había empezado a viajar de nuevo por el Espacio Salvaje, y los viajeros necesitaban mapas.

Después de asegurarse de que la moto estaba bien sujeta, Lina saltó tras los controles.

Su hermano, cabizbajo en el asiento del acompañante, seguía quejándose de lo mal que había ido su expedición. Morq estaba subido en el hombro de Milo y masticaba alegremente una gran fruta rosa, para disgusto de CR-8R, a quien estaba manchando con la pulpa. Morq era un comensal notablemente sucio.

«Un día en la vida de los Graf como otro cualquiera», pensó Lina mientras aceleraba el motor. No lo cambiaría por nada. La mayoría de las veces.

El *speeder* sobrevoló la llanura en la que los Graf habían levantado el campamento. Se estaba haciendo de noche, pero Lina pudo distinguir las tiendas de campaña en forma de cúpula que CR-8R había montado cuando llegaron. Miró por encima del parabrisas.

—Qué raro.

—¿El qué?

—No hay luces.

Inmediatamente, Morq soltó un gemido de preocupación.

—Oye, no te preocupes —dijo Milo—. Probablemente habrá saltado el generador. Apuesto a que mamá lo está arreglando ahora mismo.

El mono-lagarto se frotó contra él, todavía preocupado.

—Pero yo mismo instalé un generador de reserva. —CR-8Rse agitó enlaparte de atrás—. No pueden haberse estropeado ambos.

—Lo descubriremos enseguida —dijo Lina, mientras realizaba la última aproximación—. Después de que papá nos eche la bronca, por supuesto.

—¿Qué crees que nos mandará hacer esta vez? —preguntó Milo—. ¿Limpiar a fondo el tubo de escape del *Ave Susurro*?

—Peor que eso —contestó Lina, haciendo una mueca—. ¡Seguramente nos obligará a escuchar una de las conferencias de Cráter!

Milo soltó un quejido cómico.

—No, por favor; aquella sobre las turbinas de filtración atmosféricas, no. ¡Cualquier cosa antes que eso!

—¡Qué caradura! —se quejó CR-8R—. Debe saber que las unidades T.F.A. son fascinantes. El otro día, sin ir más lejos…

—¡Cráter, cállate! —soltó Lina.

—Discúlpeme.

—Lo digo en serio: escucha.

Guardaron silencio, esforzándose en escuchar por encima del zumbido del deslizador.

—No oigo nada —dijo Milo.

—Exacto. Aunque los generadores estuvieran apagados, deberíamos oír a papá arreglándolos.

Detuvo el deslizador por completo junto a las dos cúpulas y salió de un salto.

—¿Mamá? ¿Papá?

No hubo respuesta.

—¿Dónde están? —preguntó Milo, corriendo a su lado.

Lina rodeó rápidamente la cúpula principal, pero se detuvo de golpe al llegar a la entrada, por lo que resbaló un poco en el barro.

—No lo entiendo —dijo, con el estómago contraído por el pánico que empezaba a sentir—. ¿Dónde está todo?

—¿A qué te refieres?

—Mira: todas nuestras cosas; han desaparecido.

Las cúpulas estaban completamente vacías. Sin herramientas. Sin equipamientos. Ni siquiera estaban sus camas de campamento.

—A lo mejor mamá y papá han vuelto al *Ave* —sugirió Milo.

—¿Sin avisarnos? —contestó Lina con un poco de mal genio. Al ver que Milo reculaba, se obligó a hablar con más calma—: No es propio de ellos, eso es todo.

Milo se encogió de hombros.

—Papá dijo que se avecinaba una tormenta.

Lina escudriñó el horizonte, cerrando los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas. No sabía qué pensar. El *Ave Susurro* estaba a cubierto en un sistema de cuevas cercano pero, si sus padres habían regresado antes de lo previsto, ¿por qué no se habían llevado las cúpulas? Nada de aquello tenía sentido.

Cerca, CR-8R barría con su linterna de reconocimiento el fangoso terreno que rodeaba el campamento.

—Donde sea que se hayan ido, parece que tenían compañía.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Milo, corriendo hacia el droide—. No hay nadie más en este planeta, ¿no?

CR-8R sacudió su cabeza.

—No. Dil Pexton dijo que los padres de ustedes tienen los derechos de exclusividad.

Dil Pexton era el agente de los Graf en los Mundos Fronterizos: conseguíalos contratos por los mapas y datos que la familia recopilaba durante sus exploraciones. Era él quien los había enviado a aquel lugar pantanoso, un planetoide tan remoto que ni siquiera tenía un nombre oficial. Papá bromeaba diciendo que lo podrían bautizar con el nombre de Planeta Graf.

—¿Crees que ha podido ser Dil? —preguntó Lina, intentando desesperadamente mantenerse positiva.

—No, a menos que trajera amigos —contestó Milo—. Cráter, alumbra por aquí.

El droide apuntó su luz en la dirección que Milo estaba señalando y reveló una hilera de largas huellas en el barro.

—Hay un montón —dijo Milo con voz dubitativa—. ¡Y los pies de Dil no son tan grandes!

—¿Qué es eso? —preguntó Lina cuando algo brilló en el barro. Se inclinó y recogió una cadena dorada con un colgante de esmeralda en forma de estrella.

—Es de mamá —afirmó Milo—. Papá se lo regaló en Morellia.

—Ella no se lo habría dejado —insistió Lina—: Le encantaba.

—A menos que no supiera que se le había caído —dijo CR-8R.

—Espera, hay algo más. —Milo se dejó caer de rodillas, escarbando en la suciedad—. Está hundido aquí abajo.

—Déjame ver. —Lina le ayudó a desenterrar el pequeño dispositivo.

—Es la grabadora de holograma que sus padres usan para hacer un reconocimiento tridimensional del terreno —comentó CR-8R.



—Sí, sé lo que es —respondió Lina de inmediato—, pero está cubierto de barro.

—Hay una luz intermitente —dijo Milo.

—Ha grabado algo —dijo Lina—. Si pudiera limpiar las muescas del proyector…

Usando su manga, Lina frotó el barro de la grabadora. De repente, el dispositivo empezó a vibrar y una fuerte luz proveniente del interior salió por las hendiduras. Lina emitió un grito de alarma, soltando el dispositivo, cuando unas fantasmales figuras brillantes aparecieron alrededor de ellos.

—Son mamá y papá —dijo Milo a la vez que una imagen de Rhyssa y Auric Graf parpadeaba en la entrada de la cúpula. Pero eso no era todo. Sus padres estaban rodeados por un círculo de personas con armadura, cada una de ellas con un casco sin ningún rasgo distintivo.

—Lina —jadeó Milo—. ¡Son soldados de asalto! ¡Es el Imperio!

CAPÍTULO 3

EL IMPERIO

Ninguna de las figuras holográficas se movía, sino que eran imágenes de tamaño real congeladas en un punto muy concreto del tiempo.

—¿Puedes hacer que se reproduzca la grabación? —preguntó Milo.

—¿Qué te crees que estoy haciendo? —contestó Lina, con las piernas cruzadas en el suelo e intentando arreglar la sonda atascada del holoproyector.

Resultaba inquietante estar rodeados por figuras estáticas, como estatuas electrónicas a través de cuyos cuerpos se veían las paredes de plástico de la cúpula. Pero aún había algo más: a la salida del campamento flotaba un holograma de algún tipo de transporte imperial, grande y cuadrado. La imagen parpadeaba mientras Lina se afanaba con el proyector.

Milo notó cómo se le aceleraba el corazón. ¡Aquello era fantástico!

Incluso en el Espacio Salvaje la gente cantaba las alabanzas del Imperio, y era fácil ver por qué. Las Guerras Clon habían supuesto un gran desgaste para la galaxia, con miles de millones de muertos a manos de la corrupta República. Ahora las cosas eran diferentes: el Emperador había abolido el antiguo orden y estaba reunificando la galaxia. Con la paz restaurada, el Imperio Galáctico dirigía su atención a los confines del Espacio Salvaje, incluso hasta los Territorios Desconocidos.

«Esto nos hará ricos, hijo —había dicho papá—. Tú espera y verás».

Milo quería algo más que riquezas. Mamá, papá y Lina podrían vender sus mapas y cartas de navegación, pero él tenía planes más ambiciosos: quería ingresar en el Cuerpo Imperial de Reconocimiento cuando alcanzara la edad suficiente, y explorar nuevas y misteriosas fronteras. La cabeza le daba vueltas sólo de pensar en todas las especies que esperaban a ser descubiertas.

Evidentemente, no se lo había contado a Lina, pues ésta se habría reído de él. Pero Milo estaba muy seguro de lo que quería.

Tal vez fuera ésa su oportunidad: si los Imperiales se encontraban en aquel planeta y ya estaban hablando con mamá y papá…

—Creo que lo tengo —le gritó Lina.

—Entonces ¿a qué estás esperando? Reprodúcelo.

Lina dio un golpecito a un pequeño botón y la grabación empezó a moverse; las figuras cobraron vida.

—*Verá, comandante: no es así como solemos hacer negocios, ¿sabe?*

Era la voz de papá, que sonaba metálica a través de los altavoces del proyector holográfico.

—Cráter, ¿puedes hacer algo con eso?

CR-8R limpió el proyector con uno de sus brazos manipuladores y lo enchufó a su propio sistema, para amplificar el volumen de la grabación.

—*Los tiempos han cambiado desde que vinieron ustedes al Espacio Salvaje* —dijo un soldado de asalto con unos espaldares oscuros sobre sus hombros. Milo frunció el ceño. Incluso en un holograma, los soldados de asalto resultaban impresionantes con sus impolutas armaduras blancas; pero ¿por qué sostenían los fusiles bláster tan cerca del pecho? En principio no había ninguna amenaza.

—*Aun así* —dijo su madre, Rhyssa. Su mirada transmitía tanta inseguridad como la que Milo sentía respecto a la situación—, *¿por qué no nos podíamos reunir en alguna estación galáctica o…?*

Una voz a la espalda de Milo la interrumpió. Milo se volvió y vio una figura que se perfilaba frente a la escotilla abierta del transporte. Era un hombre enorme, de hombros anchos y vestido con un uniforme práctico y elegante.



—*Cartógrafa Graf* —dijo la voz, profunda y dominante—, *dónde nos reunamos es irrelevante. Lo que importa son sus datos.*

El holograma fantasmagórico de Auric Graf pasó junto al comandante de las tropas de asalto y se acercó al transporte.

—*Por supuesto, capitán Korda. Empecemos.*

Milo sintió una mano agarrándose a la suya: Lina estaba a su lado, observando nerviosa.

—Algo no va bien —dijo.

Milo se soltó: sentía lo mismo, pero no iba a desaprovechar la oportunidad de bajar los humos a su hermana.

—No seas cría: papá lo está embaucando con el encanto Graf. Este capitán Korda no tiene ninguna oportunidad.

—*¿Puedo ofrecerles un refresco, caballeros?* —continuó Auric—. *La mayor parte de nuestros suministros están en la nave, pero seguro que podemos encontrar un poco de coñac khormiano.*

—*No será necesario* —fue la cortante respuesta—. *¿Tienen la información que les pedí?*

Rhyssa Graf se colocó al lado de su marido y señaló el cuaderno de datos que sostenía en sus manos.

—Está todo aquí, según lo acordado con nuestro agente, Dil Pexton.

—Y no lo lamentará, capitán —añadió Auric—. *Nuevas especies de animales y plantas, depósitos de minerales y recursos naturales suficientes para todos los planetas del sector; todo con hologramas de alta definición. El libro de oro.*

—No esperaba menos.

—Excelente —contestó Auric—. *Lo que nos lleva al segundo punto del día: nuestra libertad.*

—¿Su qué? —preguntó Korda, como si fuera lo más ridículo que hubiera escuchado nunca.

El padre de Milo rió.

—La información es poder, capitán, y el poder tiene un precio.

Entonces, Korda salió de las sombras que producía la escotilla de acceso y, por primera vez, los niños pudieron verle la cara. Tenía el pelo claro, con un corte muy recto bajo una apretada gorra; sus ojos eran muy pequeños para una cara tan grande y miraban a sus padres sobre una nariz de halcón. Pero ¿qué le pasaba en la boca? El capitán no tenía barbilla, sino que la mitad inferior de su cara había sido reemplazada por una mandíbula robóti-ca de afilados dientes metálicos.

Milo agarró la mano de su hermana y la apretó firmemente.

—Cartógrafo Graf —gruñó Korda, acercándose a ellos—, *soy un capitán del ejército Imperial. Créame si le digo que sé lo que es el poder.*

Milo deseó poder esconderse tras sus padres, pero eso era imposible: ellos no estaban allí realmente, sólo eran efectos de luz.

—Yo… estoy seguro de que usted también entiende cómo funciona esto —dijo Auric con voz algo temblorosa—. *Tenemos algo que desea. Y usted puede pagarlo.*

—No —respondió Korda—. *Ustedes tienen algo que deseo y yo lo tomo.*

—No sin pagar un precio justo —intervino Rhyssa Graf.

El capitán dio un paso hacia la madre de Milo, que se mantuvo firme y con la barbilla bien alta.



—*Son leales súbditos del Imperio* —afirmó Korda en voz peligrosamente baja—. *Están obligados a entregar su información inmediatamente.*

—*Meparece que no* —dijo Auric, dirigiendo una mirada nerviosa a los blásters de los soldados imperiales—. *Oiga, nosotros no somos ciudadanos imperiales, no puede darnos órdenes.*

—*Este planetoide está en territorio imperial* —señaló Korda.

—*¿Desde cuándo?*

—*Desde que yo he tomado tierra. Ahora, pueden entregar sus datos por las buenas o yo los cogeré por las malas. Ustedes deciden.*

Todos los rifles de los soldados de asalto se alzaron a la vez.

CAPÍTULO 4

TRAICIONADOS

El holograma desapareció, zambullendo de nuevo a los niños en la oscuridad.

—¿Qué ha pasado? —gritó Milo—. ¿Dónde se han ido?

CR-8R ya estaba extrayendo una esquina del proyector.

—Uno de los cristales de memoria se ha soltado. Sólo tengo que ajustarlo de nuevo y… —Se oyó un chasquido en el dispositivo—. Ya está.

El holograma regresó, pero la escena no era la misma: su padre estaba arrodillado, con las manos tras la cabeza y con un bláster apuntándolo.

Milo corrió hacia la imagen de su padre. La cara de Auric estaba hinchada.

—Le han golpeado.

—*Veamos; ¿empezamos de nuevo?* —dijo Korda.

El holograma de Rhyssa suspiró.

—*Usted gana, capitán. Sólo necesito…* —Su voz se apagó mientras trabajaba en el portátil, que producía una pequeña luz intermitente en el borde. Hubo un pitido final y se lo entregó a Korda—. *Tenga. Es todo lo que tenemos.*

—*Han tomado la decisión correcta* —dijo el oficial; tomó el dispositivo y estudió su contenido—. *El Imperio se lo agradece.*



—Ya tiene lo que quería —dijo su madre, intentando conservar un poco de dignidad—. *Le sugiero que se marche.*

El capitán resopló.

—No lo creo. Para fortalecerse, el Imperio necesita expandirse. Lord Vader en persona me ha pedido que asegure ciertos recursos.

—Como nuestros mapas.

—Como ustedes. Durante demasiado tiempo el talento de exploradores como ustedes ha sido malgastado en ganancias personales.

—Espere un momento —dijo Auric.

—Ya es hora de que sirvan al Imperio.

—¡No vamos a hacer tal cosa!

—No tienen elección. ¡Cogedlos!

El comandante de las tropas de asalto puso su mano enguantada bajo el hombro del padre y tiró de él hasta ponerlo en pie.

—No puede hacer esto —gritó Auric.

—Ah, ¿no? —se mofó Korda, antes de fijar su atención en el soldado de asalto—. *Comandante, no quiero que queden pruebas de lo ocurrido aquí. Limpiad todo esto y después encargaos de la nave de los Graf. Los sensores*

indican que está escondida en un sistema de cuevas a dos kilómetros de aquí. No podemos derribarla desde el aire, así que encargaos personalmente.

—*Sí, señor* —contestó el comandante, entregando a Auric a otro soldado de asalto. Más soldados habían agarrado a Rhyssa y la estaban llevando al transporte. Cuando intentó zafarse, el collar se le desprendió del cuello y fue a caer en el barro.

—*Korda* —imploró—. *¡No lo entiende! ¡Nuestros hijos están ahí fuera, en algún lugar!*

Korda se volvió hacia ella.

—*¿Niños? ¿En este planeta?*

Milo sintió que la sangre se le helaba en las venas.

El capitán se dirigió al comandante.

—*Cuando hayáis acabado con la nave, encontrad a esos crios y encargaos de ellos. ¿Entendido?*

—*¡No!* —protestó Rhyssa mientras los soldados de asalto la arrastraban al interior del transporte. Su padre trató de resistirse, pero fue reducido rápidamente. Olvidando que era un holograma, Milo se lanzó para ayudar, pero cuando intentó apartar a los soldados de sus padres, tan solo se topó con el aire vacío.

—*Metedlo todo en el transporte* —ordenó el comandante, avanzando hasta detenerse en el lugar exacto en el que habían encontrado el proyector. La imagen se desvaneció en un estallido.

Milo se dio la vuelta.

—¡No! —gritó—. Cráter, haz algo.

El droide negó con la cabeza.

—Es el final de la grabación.

Los niños permanecieron en la cúpula vacía, aturdidos.

—Es una broma, ¿verdad? —dijo Milo—. Una de las bromas de papá…

Lina miraba el collar de su madre, que sostenía en la mano.

—A mí me ha parecido muy real.

—Pero ¿cuánto hace que ha pasado todo esto?

CR-8R consultó el proyector.

—No hay ninguna marca de tiempo: se ha dañado al pisarlo el soldado.

Lina levantó la mirada.

—No, espera. ¿Recuerdas cuando mamá ha usado el portátil, antes de dárselo a Korda?

Milo supo en qué estaba pensando su hermana.

—La luz estaba parpadeando, como cuando está enviando información

—¡Los datos que ha recibido Cráter!

—No hace mucho de eso —dijo CR-8R—. Todavía tenemos tiempo de informar a las autoridades.

—El Imperio es la autoridad —le recordó Milo—. Iremos a la nave.

—¿Al *Ave Susurro*? —preguntó CR-8R—. ¡Pero los soldados se dirigen allí!

—Podremos llegar antes que ellos si usamos el *speeder* terrestre. ¿Qué dices tú, Lina?

Lina se encogió de hombros.

—No se me ocurre nada mejor.

—A mí sí —dijo CR-8R—: hagamos algo con lo que no terminemos destrozados en mil pedazos.

—Entra en el *speeder* —le ordenó Lina, corriendo hacia el vehículo mientras la seguía CR-8R, todavía quejándose.

Milo se quedó quieto un momento, dándole vueltas a lo sucedido. Todo lo que creía saber acerca del Imperio era una mentira, y ahora sus padres estaban en sus garras. Nunca se había sentido tan desamparado.

Se oyó un chillido en el interior de la cúpula: Morq estaba encogido en una esquina, temblando visiblemente.

—Oye —dijo Milo, arrodillándose a su lado—. No pasa nada, no pasa nada… —El mono-lagarto soltó un gemido incierto y se abalanzó sobre Milo, cuyo cuello rodeó con sus largos brazos.

—Sí, ya lo sé. Yo también estoy asustado.

Pero podemos hacerlo, si permanecemos unidos. Tenemos que llegar al *Ave* antes que los soldados de asalto. Es probable que allí haya algo que nos sirva. Sólo tenemos que ser valientes, ¿vale?

Morq vaciló antes de asentir, aunque parecía más temeroso que nunca.

El *speeder* terrestre apareció ante la cúpula, conducido por Lina.

—¿Venís o qué?

—Sí —dijo Milo, llevando a Morq al transporte—. Vamos.



CAPÍTULO 5

EL *AVE SUSURRO*

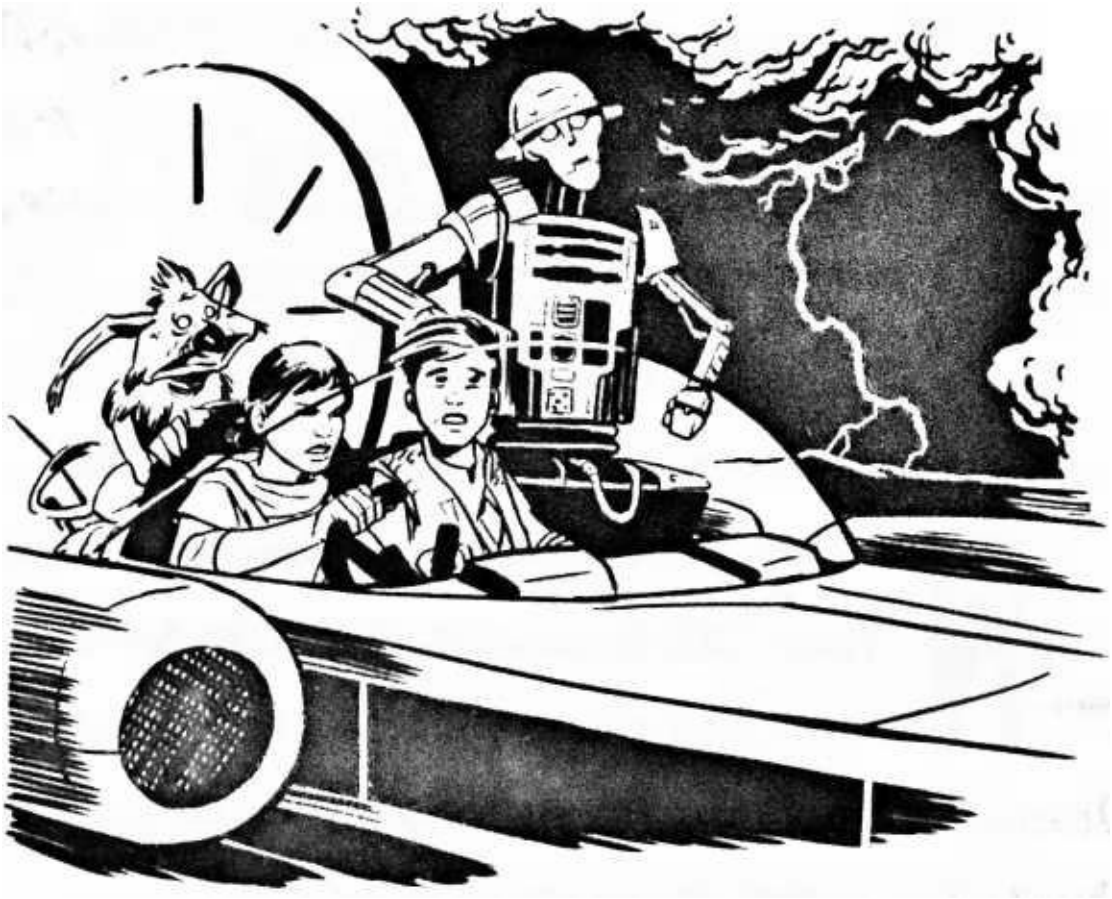
—No hay rastro de los soldados de asalto —dijo Milo mientras Lina reducía la velocidad del *speeder* terrestre. Delante de ellos una abrupta montaña se alzaba hasta las nubes nocturnas.

—Lo que no significa que no estén esperándonos dentro de la cueva —murmuró CR-8R desde la parte de atrás del *speeder*. Morq soltó un quejido y se agarró todavía más fuerte al cuello de Milo.

—Manten la boca cerrada, Cráter —le regañó Milo—. Estás asustando a Morq.

—Olvídese de ese saco de pulgas —contestó el droide—. ¡Yo sí que me estoy asustando!

Lina apagó el motor y el vehículo se detuvo por completo.



—Pero tiene razón: podrían estar allí dentro ahora mismo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —Un trueno retumbó sobre sus cabezas, y las primeras gotas de la prometida tormenta empezaron a caer al fin—. ¿Quedarnos aquí y empaparnos? Vamos, ¿qué tenemos que perder?

—¿Nuestras cabezas? —gruñó CR-8R.

Una vez fuera del vehículo, se arrastraron al pie de la montaña hacia la enorme brecha que era la entrada de la cueva.

—El *Ave* está aquí dentro. Ya casi estamos.

Una voz procedente del interior de la cueva hizo que pararan en seco.

—Capitán Korda, las minas de conmoción están colocadas y listas, señor. Detonación en quince minutos.

Lina agarró a sus acompañantes para apartarlos de la entrada de la cueva, ocultándolos tras unas largas cañas.

—Un trabajo excelente, comandante —respondió la distorsionada voz de Korda mientras cuatro soldados de asalto salían de la oscuridad, dirigidos por el comandante—. ¿Y los niños?

—Todavía desaparecidos, señor. Pero los encontraremos.

—Asegúrate de ello. Cambio y corto.

El comandante se volvió hacia sus hombres.

—Ya habéis oído al capitán. Buscad señales de vida. Son los únicos humanoides de este planeta.

—¡Señor, mire! —dijo otro de los soldados de asalto, señalando el *speeder* terrestre.

—Eso no estaba ahí antes —confirmó el comandante—. Deben de estar cerca. Dispersaos.

Obedeciendo órdenes, los soldados levantaron sus blásters y empezaron a andar hacia el lugar en el que se ocultaban los niños.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Milo.

—Esquivarlos para entrar en la cueva —contestó Lina—. A lo mejor podemos desactivar las minas.

—O saltar por los aires —añadió CR-8R, que recibió un coletazo de Morq.

—Nunca conseguiremos pasar sin ser vistos —dijo Milo—. A no ser…

Activó su lanzador de redes y envió una red que, casi rozando suelo, se enroscó alrededor de un tronco y agitó un grupo de juncos altos.

—Por ahí —dijo el comandante de las tropas de asalto, cambiando de dirección para investigar. Seguido por sus hombres, se acercó al árbol apartando las enredaderas que colgaban de las ramas. Inmediatamente, las plantas cobraron vida y se enroscaron alrededor del comandante, cuyo blás ter se hundió en el agua del pantano cuando lo alzaron por los aires.



—Enredaderas —dijo Lina con una sonrisa—. Bien pensado, enano.

—No me llames así —protestó Milo, aunque también estaba sonriendo—. ¡Vamos!

Al pie del árbol, los otros soldados apuntaron y dispararon hacia las ramas. Hubo un terrorífico chillido desde arriba y las enredaderas se aflojaron. El atrapado comandante fue a dar con fuerza contra el pantano, pero los niños no prestaban atención: estaban corriendo como nunca, con la cabeza gacha, en dirección a la entrada de la cueva.

Aún tumbado de espaldas, el comandante alzó la mirada, vio huir a los niños y se zafó de sus hombres, que pretendían ayudarlo.

—Ahí están —gritó—. ¡Disparadles!

Los soldados de asalto se dieron la vuelta y dispararon, en el preciso momento en que Milo y Lina saltaban al interior de la cueva, seguidos muy de cerca por CR-8R, presa del pánico. Los disparos impactaron en el techo de la cueva, y la entrada se desplomó con estruendo.

—¿Debemos buscar señales de vida, señor? —preguntó un soldado de asalto al comandante.

El soldado caído se puso en pie con dificultad.

—No es necesario —gruñó—. Si el derrumbamiento no los ha matado, lo harán las bombas. —Alzó la vista hacia las enredaderas muertas—. Vamos, salgamos de esta bola de barro.

Al otro lado de la desplomada entrada, Lina se atragantaba con el polvo que se había levantado en la oscuridad de la cueva.

—¡Milo! —chilló.

—Estoy aquí —contestó Milo desde algún lugar cercano—. ¿Estáis bien?

—Creí que nunca lo preguntaría —dijo CR-8R. La cueva se iluminó en cuanto el droi-de activó su linterna de alta intensidad—. ¡Sá-quenme de aquí!

—¿Estás atascado? —preguntó Milo mientras Morq se precipitaba para examinar al droide. CR-8R había quedado atrapado durante la caída de escombros y estaba tumbado, parcialmente cubierto por un montón de piedras.

—No, he decidido tumbarme un rato —dijo CR-8R—. ¡Pues claro que estoy atrapado!

—¿Y silo dejamos ahí y listos? —refunfuñó Milo.

—¡Le he oído! —gritó CR-8R.

—Me parece que es lo que pretendía —dijo Lina—. Alterna la corriente del circuito de repulsión.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Creará una vibración que quizá haga ceder las rocas.

—Ah, sí, una idea brillante —contestó el droide—… si quisiera quedar aplastado.

—O eso, o quedarte ahí hasta que se te agoten las baterías —dijo Lina, estirándose hacia delante—. Dame la mano y tiraré de ti. Milo, necesitaré tu ayuda.

Milo rodeó la cintura de Lina con sus brazos.

—¿Estás listo, Cráter? —preguntó ésta.

—No especialmente.

—Aguanta. ¡Hazlo!

Los repulsores de CR-8R emitieron un agudo zumbido, al que siguió de inmediato un preocupante crujido de rocas.

—Ahora, Milo. ¡Tira!

Los niños tiraron con fuerza y provocaron que el polvo de las rocas caídas envolviera todo el espacio.

—No se mueve —protestó Milo.

—Lo hará. Sigue. Vamos.

De repente, CR-8R salió disparado como una rata womp de su madriguera y Lina y Milo cayeron de espaldas.

El droide flotaba en posición vertical, sacudiendo el polvo de su cuerpo metálico.

—Qué indigno, aunque supongo que debo darles las gracias.

—Yo aún no lo haría —dijo Milo con gravedad, señalando la brecha donde habían caído las rocas—. Ahora estamos completamente encerrados.



—Al menos tenemos el *Ave* —afirmó Lina, dándose la vuelta. La nave estaba en el mismo sitio en el que la habían dejado sus padres, a resguardo de los elementos en aquella cueva enorme. En aquel momento hacía perfecto honor a su nombre: grandes alas de bronce plegadas contra el casco y el tren de aterrizaje extendido, dispuesta para emprender el vuelo.

Mientras los niños se dirigían a la nave, CR-8R inspeccionaba la cueva, analizando los explosivos que habían colocado las tropas de asalto.

—Danos buenas noticias, Cráter —le gritó Lina, activando la rampa de acceso del *Ave*.

—Lo haría si pudiera —contestó el droide, consternado—: Las minas son cazabobos. Un movimiento en falso y detonarán.

—¿Así que, si no nos hacen volar ellos, lo provocaremos nosotros mismos? —preguntó Milo.

—O al menos nos enterrarán vivos: los dispositivos están distribuidos para desplomar el techo.

—Y con la entrada bloqueada, no tenemos forma de salir con el *Ave* antes de que exploten —dijo Lina—. ¡Las cosas sólo pueden ir a mejor!

—¿Quién dice que tengamos que salir por ahí? —dijo Milo, que subió por la rampa con Morq siguiéndolo de cerca.

Lina encontró a su hermano toqueteando una de las consolas posteriores en la cabina del A ve.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Lina.

Como respuesta, una serie de estridentes pitidos surgieron de los altavoces.

—Está enviando un sensor de pulso —indicó CR-8R, escudriñando por encima del hombro de Milo.

—Exacto —confirmó él—. Papá tenía previsto hacer exactamente lo mismo antes de que nos fuéramos…

—Para crear un ecomapa de todo el sistema de cuevas —apuntó Lina cuando un mapa en forma de holograma en tres dimensiones apareció ante ellos.

—Ahí —dijo Milo, repasando con el dedo los brillantes túneles—. Ese tramo pasa justo por debajo del pantano y sale hacia las montañas.

De repente, dejó caer los hombros.

—¿Qué pasa? —preguntó Lina.

—Pensaba que podríamos escapar por los túneles.

—¿Te refieres a volar con el *Ave* a través de ellos?

Milo asintió.

—Pero esta sección de aquí es demasiado estrecha. No lo lograremos.

—Eso ya lo había dicho Cráter —le recordó Lina, estudiando el mapa holográfico.

—Me temo que esta vez el señor Milo está en lo cierto —confirmó CR-8R —. El túnel es demasiado estrecho para la envergadura de las alas.

—Pues tendremos que volar con las alas plegadas —insistió Lina mientras se mecía en el asiento del piloto—. Cráter, introduce la ruta en el sistema de

navegación.

—Estás bromeando —dijo Milo—. Con las alas plegadas lo único que nos mantendrá en el aire serán los reactores de aterrizaje.

A modo de respuesta, Lina se volvió hacia CR-8R.

—¿Cuánto falta para que esas bombas exploten, Cráter?

—Cinco minutos —contestó el droide—, pero…

—Pues no hay tiempo que perder. —Lina se hizo con los controles de vuelo y empezó a pulsar interruptores—. Levantando rampa de acceso, encendiendo motores.

Bajo sus pies, las placas de la cubierta traquetearon cuando los propulsores subluz del *Ave Susurro* cobraron vida.

—¿Estás segura de que puedes hacerlo? —preguntó Milo—. Quiero decir, sé que mamá te deja conducir esta cosa, pero esto no es exactamente espacio abierto.

—Para ser sincera, no tengo ni idea, pero como la alternativa es quedarnos enterrados bajo una montaña, estoy dispuesta a dar una oportunidad al plan. ¿Qué me dices?

CR-8R se instaló en el asiento de copiloto y enchufó su brazo de interfaz en el sistema de navegación:

—Personalmente, creo que es una idea terrible, lo que quizá signifique que lo hará de todas maneras.

—Algo así —dijo Lina, intentando parecer más valiente de lo que se sentía en realidad. Milo estaba en lo cierto: aquello era imposible, pero la alternativa resultaba inconcebible. No podía rendirse. No sin saber dónde estaban mamá y papá.

Tragó saliva y tiró de la palanca de control. La cubierta sufrió una sacudida cuando la nave se separó del suelo de la caverna y empezó a girar hacia la estrecha entrada del laberinto subterráneo que se abría debajo de ellos.

—¿Todo listo?

—La ruta está trazada —empezó CR-8R—, aunque debo insistir…

BS

—Cráter, no hay tiempo para discutir —lo interrumpió Milo, sujetándose en el asiento del piloto—. ¿Creo que Lina va a hacer que nos estrellemos contra un muro de la cueva? Sí. ¿Espero que me demuestre que estoy equivocado? Definitivamente.

—Gracias por el voto de confianza —dijo Lina, conduciendo el *Ave* hacia delante. Con un estallido de los reactores de aterrizaje, la nave espacial

desapareció por el túnel.

Ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 6

A TRAVÉS DEL TÚNEL

—Tengo un mal presentimiento —se quejó CR-8R cuando el casco del *Ave Susurro* rozó con las paredes del túnel.

—No eres el único —admitió Lina, intentando detener la rotación de la nave—. ¿Cuánto tiempo tenemos hasta que las bombas exploten? Milo revisó su cronómetro.

—Dos minutos. Quizá uno.

—Gracias por ser tan preciso. Es de mucha ayuda.

—Tú céntrate en sacarnos de aquí de una pieza.

La cabina se tambaleó cuando las alas plegadas del *Ave* golpearon un peñasco.

—Hago lo que puedo.

—¿Puedes hacerlo más rápido?

—Señorita Lina —intervino CR-8R—, la entrada a la siguiente cámara está justo enfrente.

—La veo —contestó Lina, conduciendo la nave hacia una caverna enorme.

Milo soltó un silbido, estirando del cinturón de seguridad para ver a través del cristal.

—Mira este lugar. Debe de medir kilómetros de ancho.

—No hay tiempo para hacer turismo —espetó Lina. Las luces del *Ave* iluminaron dos salidas que se abrían ante ellos—. Cráter, ¿qué camino tomo? ¿El de la izquierda o el de la derecha?

CR-8R consultó el mapa.

—El de la izquierda conduce a la superficie, aunque he de decir que el túnel de la derecha tiene una estructura fascinante que sugiere la presencia

de…

Unas explosiones amortiguadas interrumpieron la divagación del robot, seguidas por el sonido de una lluvia de pequeñas rocas que caían sobre el ya maltrecho casco de la nave.

—Eso deben de ser las minas —dijo Milo.

—Y esto debe de ser todo el sistema de cuevas derrumbándose —añadió CR-8R—. Vamos a morir triturados.

—Las minas han detonado, señor —informó el comandante de la tropa de asalto cuando se reunió con el capitán Korda en la lanzadera imperial.

—¿Y los niños?

—Estaban en la cueva.

La boca de Korda trazó una horrible mueca que revelaba sus dientes de metal. Se dio la vuelta en su sillón de mando para observar a Auric y a Rhyssa Graf, que tenían los brazos y el pecho atados a la cabina.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Rhyssa, y Auric temblaba de rabia. Parecía deseoso de despedazar al capitán en cuanto pudiera desatarse.

—Así es mejor —se mofó Korda—. Sin cabos sueltos. Su antigua vida ha terminado. Ahora sirven ustedes al Imperio. Les sugiero que se vayan acostumbrando.

Pulsó un botón de su asiento de mando y se comunicó con el piloto de la nave:

—Los niños están muertos. Vámonos.

—¡Agarraos! —gritó Lina, girando para esquivar una roca del tamaño de media nave que se había desprendido del techo—. Por los pelos.

Inclinando la palanca de control, giró el *Ave* hacia la salida de la derecha.

—¿Qué hace? —se quejó CR-8R—. He dicho a la izquierda.

—Creí que habías dicho a la derecha.

—He dicho que la derecha era fascinante, no que entrara para echar un vistazo. ¿Es que los niños nunca escuchan?

—¿Y tú nunca te callas? —bramó Milo—. ¡Haz lo que diga, Lina!

—¡Lo intento!

Antes de que pudiera corregir la ruta de vuelo, una bandada de grandes criaturas lilas surgió de una grieta de la pared de la cueva, chillando.

—¡Murciélagos kinor! —gritó Milo—. ¡La explosión debe de haberlos molestado!

—¡Bueno, pues ahora ellos me están molestando a mí! —exclamó Lina mientras el *Ave Susurro* arremetía contra la multitud de cuerpos gruesos y nerviosos. Sólo oían el batir de las alas de cuero y los arañazos de las garras en el transpariacero, a medida que las criaturas impactaban con el parabrisas —. ¡No veo nada!



—Izquierda —gritó CR-8R—. ¡Gire a la izquierda!

Lina refunfuñó; sentía como si sus hombros estuvieran en llamas mientras desviaba la nave hacia la izquierda, apartándose del enjambre. El *Ave* atravesó una amplia salida, justo en el momento en el que el techo del túnel se empezaba a desplomar con un estruendo similar al de Ui laneta haciéndose trizas.

—Espero que se dé cuenta de que ahora mismo tenemos una probabilidad entre mil de salir vivos —informó CR-8R sin rodeos—. ¡Jamás lo lograremos!

—¡Claro que sí! —gritó Milo, siguiendo el progreso de la nave en el holomapa—. Lina, gira a la izquierda. Ahora a la derecha.

Lina siguió las órdenes de Milo, intentando desesperadamente dejar atrás el derrumbamiento del túnel, que les seguía de cerca. La nave rebotó contraías paredes, el casco se rasgó y la antena se rompió, pero a Lina no le importaba. Sólo quería ver las estrellas de nuevo.

—Estamos a punto de llegar —exclamó Milo, con la voz prácticamente ahogada por el rugido que provocaban las rocas en su caída.

—La salida es demasiado estrecha —advirtió CR-8R, mirando al frente.

—Entonces vamos a ensancharla —dijo Lina—. ¿Milo?

—Ya estoy en ello —contestó su hermano, desabrochando su cinturón para cambiarse al asiento que había tras ella y desplegando el punto de mira. En la parte superior del *Ave*, el perforador láser de la nave giró, apuntando hacia el frente.

—¡Fuego! —gritó Milo, y las rocas situadas delante de ellos se convirtieron en polvo; al momento, el techo empezó a caer.

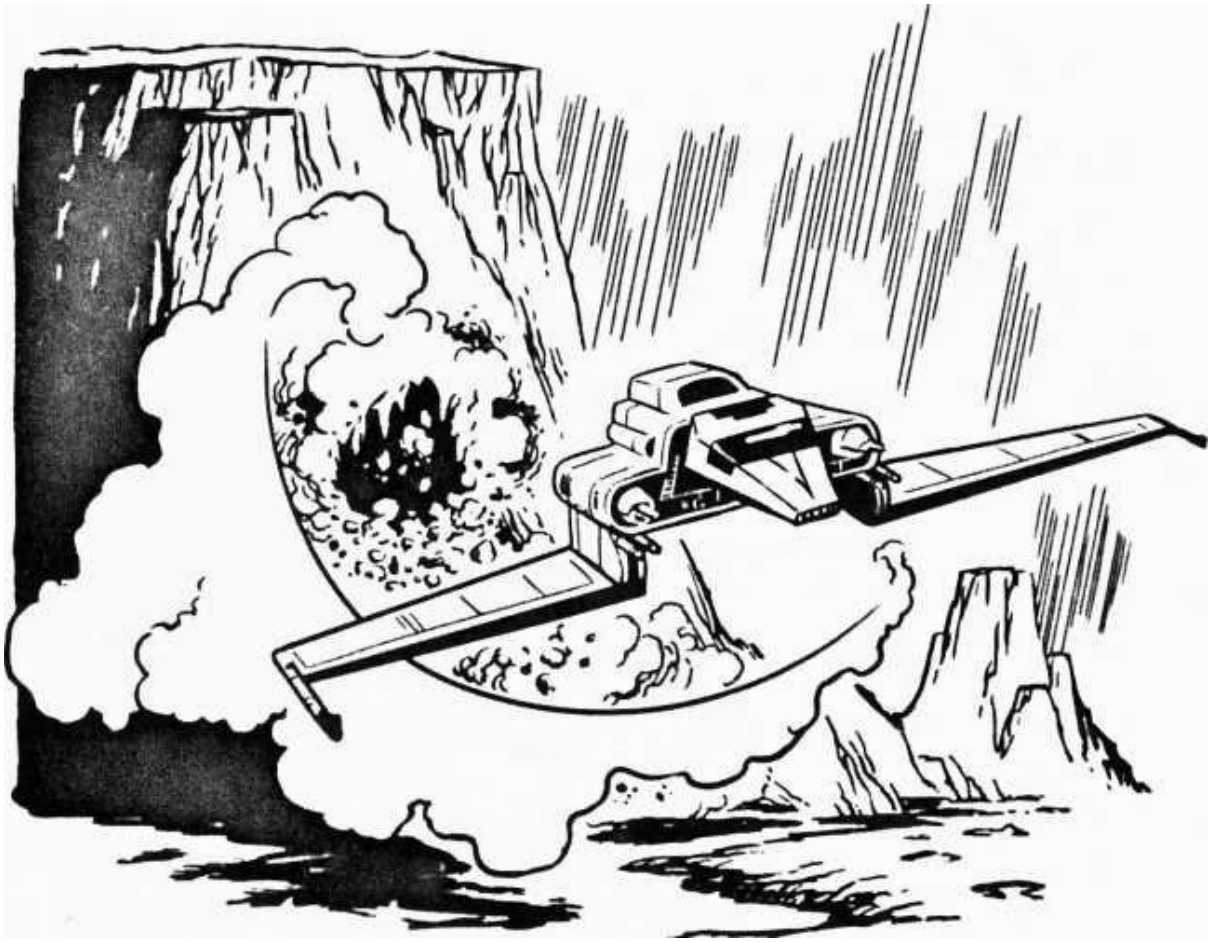
—¡Las posibilidades de supervivencia acaban de caer drásticamente! —se quejó CR-8R, apagando sus fotorreceptores para no ser testigo de su propia destrucción.

En medio de una avalancha de rocas, el *Ave Susurro* salió por la ladera de una montaña. El agua de la lluvia golpeaba el casco, pero ningún miembro de la tripulación se quejó: estaban demasiado ocupados aplaudiendo. Tras ellos, la salida se derrumbó debido a las explosiones, por lo que el túnel se cerró para siempre.

Lina pulsó un botón y desplegó las alas del *Ave*, que tomó altura en el cielo nocturno. Milo abrazó a su hermana, que se encogió de dolor.

—Oye, cuidado con el hombro, enano.

—Lo siento —dijo Milo, apartando sus brazos de ella—. Pero lo has conseguido, hermanita. ¡Lo has conseguido!



—Lo hemos conseguido —corrigió ella—. Pero ya lo celebraremos más tarde. Cráter, ¿dónde está esa lanzadera?

El droide consultó sus sensores.

—Ya ha despegado —informó—. Calculo que saldrán de la atmósfera del planeta en treinta segundos desde ahora.

—No podemos dejar que se alejen —dijo Milo, de nuevo en su asiento—. Mamá y papá están en esa cosa.

—No lo haremos —prometió Lina, volviendo a empujar la palanca de control para levantar el morro del *Ave*. Ésta subió aún más alto y cruzó el umbral hacia el espacio en cuestión de pocos segundos.

—Ahí están —dijo Milo, señalando las luces de la lanzadera.

—Un modelo Centinela —informó CR-8R—. Con capacidad para transportar hasta setenta y cinco tropas.

—Y prisioneros —dijo Lina, dirigiendo la nave hacia la lanzadera.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Milo.

—La verdad es que no lo sé —respondió Lina—. ¿Cómo está ese perforador láser?

Milo revisó su monitor.

—Apenas está operativo. Creo que ha sufrido algún golpe cuando salíamos del túnel.

La cabeza de CR-8R giró hacia la posición del piloto.

—Señorita Lina, ¿no estará sugiriendo que preparemos un ataque? Esa clase de lanzaderas están equipadas de serie con cañones láser retráctiles, por no mencionar la torreta de iones, los misiles de conmoción…

—Tienen a mamá y a papá —respondió Lina furiosa, temblando de impotencia y miedo—. No podemos dejarlos escapar sin más.

Mientras hablaba, la nave se alejó a una velocidad de vértigo. Hacía un momento estaba allí, pero de repente había desaparecido.

—Han pasado a la velocidad de la luz —informó CR-8R.

—Entonces ya está —dijo Lina, hundiéndose en el asiento del piloto—. Les hemos perdido.

Morq soltó un doloroso quejido, pero Milo no iba a rendirse tan fácilmente.

—No digas eso, hermanita. No te has rendido cuando Cráter estaba atascado, ni cuando nos hemos quedado atrapados en la cueva. Podemos encontrarlos. Sé que podemos.

Lina giró su silla y se encontró con la mirada de su hermano.

—Tienes razón —dijo, y una sonrisa de determinación afloró a sus labios —. Cráter, ¿cómo va la desencriptación del mensaje de mamá?

CR-8R ladeó la cabeza antes de contestar.

—1,979 por ciento del total desencriptado.

—Pues sigue trabajando. Mientras tanto, establece una ruta para Thune.

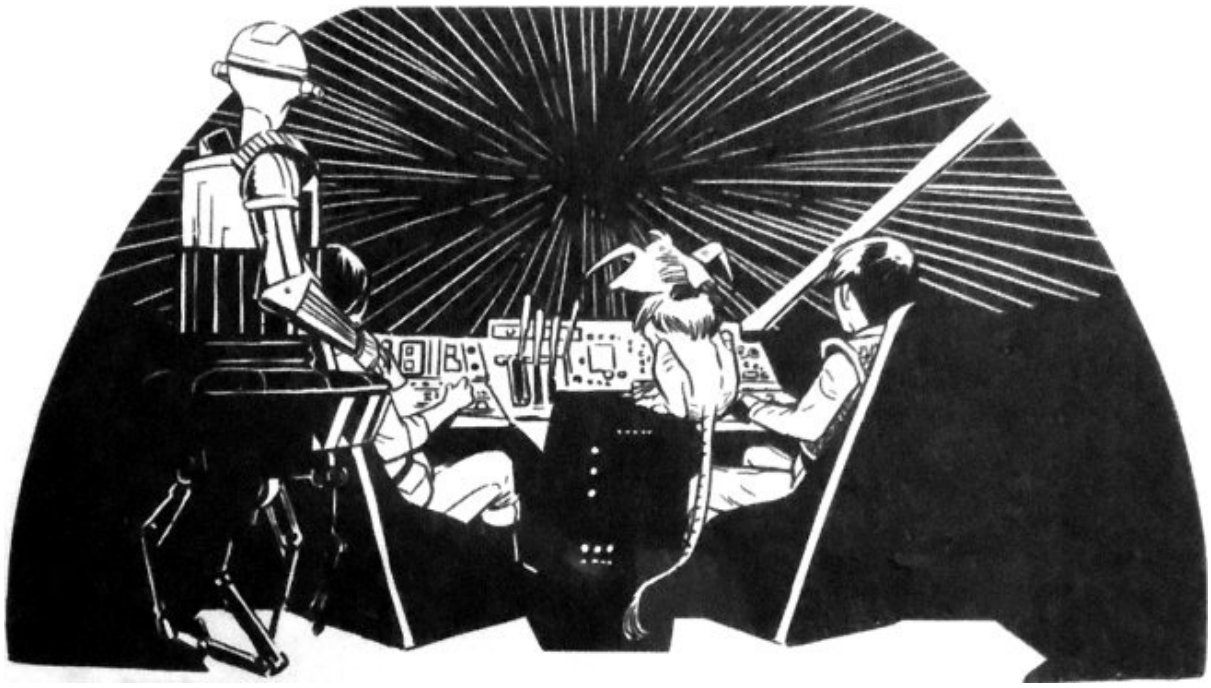
—¿Thune? —preguntó Milo, apoyándose en el respaldo de su asiento—. ¿No deberíamos dirigirnos hacia los Mundos Centrales? Seguramente es allí adonde Korda habrá llevado a mamá y a papá.

—Sí, pero mamá y papá tienen amigos en Thune. Si queremos volver a verles, necesitamos ayuda, y la necesitamos rápido.

—Los niños Graf contra el Imperio, ¿eh? —dijo Milo.

Lina observó las coordenadas que se desplazaban por el monitor.

—Eso parece. Y yo que pensaba que los Imperiales eran los buenos.



—Como todos —balbuceó CR-8R desde el control de navegación—. ¿Y qué haremos cuando finalmente capturemos a Korda?

—Eso es fácil —dijo Milo, acariciando el pelo de Morq—. Improvisaremos. ¿Verdad, hermanita?

—Así es, enano. Vamos.

Lina activó el hiperpropulsor y el *Ave Susurro* salió disparada hacia delante, rumbo a las estrellas.

LA AVENTURA CONTINÚA EN

STAR WARS

AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE

Segundo libro: LA TRAMPA